

“La cama de la extranjera”¹

M I C H E L L A P E Y R E

POR CAUSA...

Y bueno... ¿bueno qué, la mujer? No la sino una, y no “la de portada” ni “la de moda” sino entre líneas y marca-página. Es lo que se llama, un tanto someramente aunque no tan mal, sensibilidad y fineza, inteligencia (aun con el enemigo) e intuición (incluso de lo peor). ¿Y lo femenino?: ¿Origen? ¿Fin? ¿Ángel pasando?² Mucho más aún cuerpo del encuentro. Una mujer, ella, aún y en cuerpo³, es la siempre extranjera, y es por ella el combate con el ángel, aquel que descendió de la famosa escala de Jacob, aquel que da en las caderas, ni diablo ni mensajero, ni demonio ni guardián, ni arcángel ni príncipe; aquel, pues, que hiere la marcha y trastabilla el andar, aquel que rompe el mango y raja el cetro, porque los cambia por el bastón, porque los convierte en lo que son. Magia al revés o inversión de la magia: renuncia a la omnipotencia de las palabras sobre las cosas amenazantes, intercambio con lo que constituye el poder de la Cosa, pero cuando ésta está limitada por la medida de la “palabra”⁴, presa entre ausencia y presencia, tendida de la palabra⁵ al silencio. Ella no es maga o mago, aunque tal vez (una especie de) maestro, se la llama bruja o buena mujer –embaucadora y seductora–, pero es porque se la difama⁶. Bien sabemos lo que es: *causa* y/o morada de la causa (“¡Por causa, por causa de una mujer!”)⁷. Es así, y es por eso, y así es como ella choca, golpea, hiere, la postura (iimpostura!) y el desplazamiento (agitación), la posición (ide prestigio!) y el desplazamiento (... idel viento!). Como para señalar bien y que se entienda mejor que “cojear no es pecado”, que flaquear no es una falta: y para que se llegue a ese borde, íntimo es cierto, a esa frontera, tan borrosa, a ese litoral, ínfimo pero bien real, en que las cosas se ponen y se dejan... no intactas sino vivas y ardientes, no vacías sino vivas y libres y bastante más aún que prohibidas, por decir entonces pues son vibrantes y palpitantes. Lo femenino como lo que toca allí donde toca y allí donde eso “toca”, cuando toca, como toca, sobre todo para no dejarlas pasar, las cosas de la vida y del tiempo, cuando éstas nos

¹ *Le lit de l'étrangère*. Traducción del francés a cargo de Pio Eduardo Sanmiguel [N. del T.]. Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Agradecimientos muy especiales a Tania Roelens por sus aportes a la traducción de este artículo.

² *ange qui passe*; literalmente: ángel que pasa. La expresión *un ange passe*, pasa un ángel, se evoca cuando en una conversación, en una reunión, tiene lugar un silencio repentino, prolongado y molesto [N. del T.].

³ *encore et en corps*, homofonía que podría también escucharse como *encore et encore*: “una y otra vez” [N. del T.].

⁴ *mot*, palabra en tanto elemento discreto compuesto por uno o varios sonidos y que contiene un sentido [N. del T.].

⁵ *parole*, palabra, ya sea en tanto elemento simple del lenguaje articulado o como facultad del hablar [N. del T.].

⁶ *on la diffame / on la dit femme*, que evoca el *on la diffâme* de Jacques Lacan, que ha sido traducido como “se la mal-dice mujer, se la almadice”. Sin embargo, en este caso el autor no hace uso del acento circunflejo que evoca el alma. Cfr. en Jacques Lacan la sesión del 13 de marzo de 1973, “Una carta de almor”, del seminario *Aún*, p. 103 [N. del T.].

⁷ Verlaine. Se trata del comienzo del poema “*Ô triste triste, était mon âme...*”, que hace parte de sus *Ariettes oubliées VII* [N. del T.].

llaman y nos atrapan puesto que, más allá de lo que creemos buscar, son ellas quienes saben hallarnos. “¿Buscar a la mujer?” No, es lo femenino lo que nos encuentra.

EL CUERPO

Lo femenino, lo digo así como es, es decir, de manera un tanto cruda, es lo que pasa por la cama. Dije eso, yo, pero para decirlo más allá, basta agregar: “la cama de la extranjera”⁸. Lo extraño, que se sabe como tal (no tanto que ella lo sea, extraña, es más bien que ella lo haga saber, lo extraño de cada cual y de cada cosa). Lo desconocido / la desconocida⁹. que sigue siéndolo y que se lo deja ser, o mejor aún, “parecer”¹⁰. El cuerpo, un cuerpo entre verbo y carne, que no hace misterio del misterio que es y que hace, es decir, del real que inventa. No el misterio que se hace cuerpo sino un cuerpo que no se opone, que no menosprecia su misterio. Pues lo femenino es lo que se aprecia y se estima –“se ex-tima”– a través y más allá de la consideración, del respeto y hasta del amor. Si lo masculino depende del alma (¿muerta ya?), el cuerpo, bien vivo en cambio, se toma es por lo femenino. El cuerpo, entonces, el olvido como acto de ahí en adelante. Está el cuerpo que se hace con la incorporación del cuerpo de lo simbólico. Está el encuentro de cuerpos en la transferencia. Está, claro, de paso, lo que lo oblitera con el espíritu de cuerpo –ejército celeste, iglesia militante, partido o pensamiento totalitario y único, carne de cañón, caterva de bestias y partida de mentecatos¹¹. Más allá, y dejando de lado lo demás, está lo que se prenda por fin y aún, si no por siempre y hasta nunca. Curioso cuerpo, cuerpo sin más roles: ángel pero que vuelve a pasar, cuerpo puesto en juego por fin; el “yo”¹², a pesar del ego, que por fin se pierde “en cuerpo”, como se pliega uno en cuatro, el “yo”¹³, sin mí¹⁴, que otra vez se hace acuerdo, como se corta con corazones¹⁵, y también el cuerpo, cuando no es torpe, que atraviesa la imagen, que traspasa la pantalla, que pasa por sobre el órgano, para hacerse palabra y silencio, palabra y mutis, verbo caído y boca deshilvanada.

DE LA FALTA AL HUECO

Hablé de lo que pasa por la cama, pero es lo que pasa por la cama que dice “yo”, para poner en juego¹⁶, para interrogar y cuestionar su real: desde la vanidad que en toda ocasión nos despoja para perderse poco a poco al antojo de los espejismos y según los anhelos de los espejos, hasta aquel “deshabitado” en nosotros que nos saca de nosotros para tomarnos enteramente crudos y echarnos vivos en su fuego, fuego que ni consume ni se extingue y que quema incesante sin calcinar nada (idel narcisismo a la pulsión!); desde el sujeto versátil y volátil, valga decir, según Marx, el individuo

⁸ Mahmoud Darwich, *Le lit de l'étrangère*, Ediciones Actes Sud Papiers, París 2000.

⁹ *L'inconnu(e)* [N. del T.].

¹⁰ *par-être*, por el ser, homofónico con *paraître*, parecer [N. del T.].

¹¹ *tas de cons*, literalmente: partida de coños [N. del T.].

¹² *le je*, pronombre de la primera persona del singular, es el yo de la frase, implícito en español [N. del T.].

¹³ *Ibid.* [N. del T.].

¹⁴ *sans moi*, sin mí, sin yo [N. del T.].

¹⁵ *Coupe à coeur*: jugada en la *belote* (juego de naipes), que consiste en cortar con una carta maestra cuando no se tienen corazones [N. del T.].

¹⁶ lo que dice “je”, para poner en *jeu*, juego de palabras [N. del T.].

del discurso capitalista, hasta esta división que se vive irremediable e irreductible e irreprímible, con esta caída, que sabe que no tiene decadencia, del ser-hablante¹⁷ como tal, es decir, aquello que sólo el discurso analítico –el decir como poética– puede relanzar sin tardanza en y con lo vivo, como su simiente y fermento (¡del sujeto como falta, al Otro en tanto falta!). Pero esta regulada supeditación al “yo”¹⁸ –siempre tan delicada, siempre con tanto tacto, siempre dispuesta al tiento, y donde yo encuentro el rasgo propio de lo femenino– puede sin embargo decirse, hacerse además, de muy diferentes formas. Conduce las presunciones yóicas a la humildad de lo humano, impele las pretensiones del ego al deambular y hasta al extravío del sujeto, pasa de las suficiencias de la personalidad a la desheredación si no al abandono del ser-hablante. Sustituye, en todo caso, la arrogancia de la cobardía por la audacia de la modestia (¡ella “feminimiza...”!). Ella conduce, pasea y vuelve y trae¹⁹ del *corte* al *hueco*. Del *corte* por el que cada cual (se) ha dejado ser (es cierto tanto en calidad de “meser” como a guisa de “treser”)²⁰, ¡a manos y por cuenta del tallador que le hizo su vestido! Al *hueco* que ha de hacerse ahí, sabiendo que queda por aprender, luego, cómo arreglárselas, dado que ningún tapón lo suprime y que ningún relleno lo olvida. Hueco que ha de hacerse como apoyo y sostén: ayuda del vacío, soporte del abismo²¹. Lo femenino brega y trae²²: del sujeto como representado, por ser sin cualidades, a la designación de la falta del Otro; del sujeto como no identificado o identificable, por estar siempre (des)contento (¡y por (des)contar!)²³, a la denominación del Otro como falta; de la identificación, inevitablemente desfalleciente, a la nominación, del fracaso en cuanto tal; cuerda para la ropa tendida y anudada, del cuerpo hablante al decir silencioso, del animal “apalabrado” al discurso sin palabra²⁴, del ser-hablante como pasando de lo vivo a la “palabra”²⁵ en tanto clave de la presencia.

“ÉVIDA”

Por causa de lo femenino y tal vez gracias a éste, intento entrar en el psicoanálisis por el poema y el “proema”, o sea lo que paradójicamente evoca el matema, recuerda el teorema, se acuerda *del* problema. El problema del ser humano es levantarse, enderezarse, erigirse: ¿cómo hacerlo sin erigir el ideal y el ídolo? Ella es quien muestra cómo, ella que es la primera, aún cuando tan a menudo quede o sea dejada atrás. Ella, la “gradiva” que camina aún bien viva, mientras él desfila ya muerto, entre los asesinos, en medio de los asesinados. Es ella, ella es, cuando ella sí es ella, quien lo atrae y lo saca de la fila de los homicidas, quien lo devuelve a la vida, quien le devuelve la vida, quien hace de él un vivo, y quien lo hace vivir. “Évida” es su nombre, el de la que nos suspende de la vida. El hombre, que no siempre teme al ridículo, a veces la llama “¡Mi

¹⁷ *parlêtre*: “hablanteser”, “hablente” y también “por el ser”, “a través del ser” [N. del T.].

¹⁸ *le je*, pronombre de la primera persona del singular, es el yo de la frase, implícito en español [N. del T.].

¹⁹ *Elle mène, promène et ramène* [N. del T.].

²⁰ *m'être*, serme, homofónico con “maître”, maestro, amo. Y *tr'être*, fonéticamente *traître*, traidor [N. del T.].

²¹ Catherine Millot. *Abîmes Ordinaires*, NRS/ Gallimard, Colección *L'infini*, París 2002.

²² *se demène et amène* [N. del T.].

²³ *mécontent* y *mécomptant*, fonéticamente homogéneos [N. del T.].

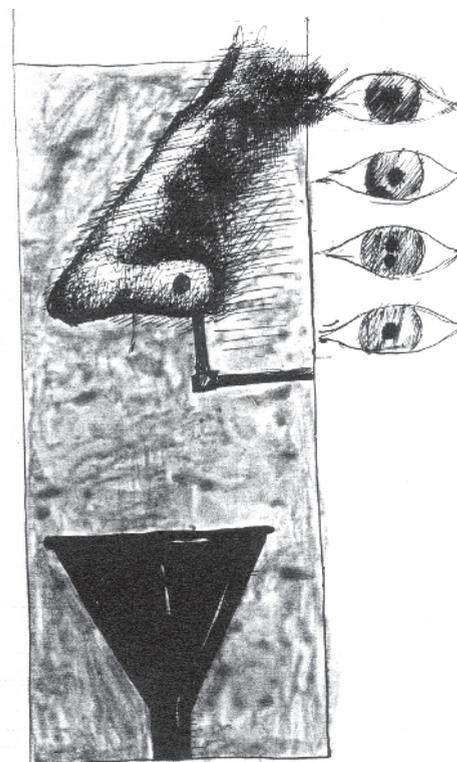
²⁴ *Parole* [N. del T.].

²⁵ *mot* [N. del T.].

alma!"; sin embargo es de ella que recibe su cuerpo: no el cuerpo glorioso de la muerte natural, de la hazaña y de la explotación, de la forma y de las cualidades técnicas, sino el cuerpo vivo entre verbo y carne, sino el cuerpo hablante de la carne al soplo, palpitación y palabreo²⁶, estremecimiento y vibración, grito y susurro, en que la vida se intercambia y donde el lenguaje se nutre. Bien se sabe que lo que pasa en la cama despierta curiosidad, sin duda más o menos legítima: hay quienes dicen a sus hijos pequeños, y a los demás cuando siguen siéndolo durante mucho tiempo, que se trata de una curiosidad malsana, insana, insensata e inepta, ¡como si más valiera continuar ignorando que el sexo jamás es "sanitario"! En cuanto a mí, prefiero decir que esta curiosidad tan bien compartida sigue siendo más bien escasa, si me atrevo a decirlo. Lo que cuenta e importa es lo que pasa por la cama. El saber popular nos dice que así como tendemos la cama así nos acostamos. Y sin embargo, quién no sabe que es como nos acostamos que tendemos la cama: prisión sin muros, abismo sin infierno...

UNA POSIBILIDAD...

Más entonces que lo que allí pasa, que lo que allí se engarza y se encierra hasta "la enfermedad de la muerte", está lo que pasa por ésta para pasar desapercibido. Cuando la cama es en verdad eso y también algo más, ¿eso y algo más que qué? Que la celebración de los misterios fálicos, la concelebración de los cuerpos en gloria, en forma, en fuerza, en belleza, la conmemoración en joyero y en pantalla de las faltas y de las fotos del goce (Eros borrego o dios negro, amor médico y quirúrgico, sexo cosmético). Y además cuando la cama está más allá de lo que acontece en la cruda y nuda luz del deseo, con los velos y las máscaras del amor, no por ello sin lo que pasa, más acá y más allá, bajeza y abyección, bajo el manto y la cobertura de la vergüenza y del odio. E incluso cuando la cama es lo que pasa por el sesgo del desplazar y el rebasar de las ilusiones, de las carnadas, de los ardides, de los desechos. Y por último cuando la cama es lo que hace pasar, de superación en metamorfosis, a través de las *letosas*²⁷ y hasta de los "agalmas", de las razones y hasta de las causas. Sólo un fanatismo criminal e imbécil, si le creemos al mismo Freud, puede alejarnos de esa cama, aunque en ocasiones, o para algunos, escandalice, asquee, horrorice, y a pesar de que en este caso, y hasta en todo caso, asuste, aterrorice, espante (¡y es justamente por no enfrentarla ahí, que los hombres terminan sembrando el miedo por doquier!). Este más acá, ese más allá, este aquende, ese allende, que ahí está y un tanto ahí pero sólo para los que allí van y están, a lo que lleva la cama, es (como) un bien sin objeto y hasta sin causa. No el bien que se cree hacer, no el que uno se quiere hacer, que es sólo modo de escatimar-se, de preservar-se, de ahorrar-se, a sí y al otro, al otro y a sí, a sí a través del otro y al



²⁶ *palabre*, del español *palabra*, presente hecho a un rey negro para congraciarse con él o las conversaciones que tenían lugar en el momento de entregar tales objetos [N. del T.].

²⁷ *lathouses*, neologismo lacaniano; cfr. el seminario *El reverso del psicoanálisis*, cap. XI: "Los surcos de la aletósfera", Paidós, Barcelona 1992, ps. 174-175 [N. del T.].

otro en sí mismo. No ese bien, sino el que resulta del acto, de un acto, o sea el que no desconoce la racionalidad, ni la “absolutidad” ni la trivialidad del mal. Entonces el bien que no ignora, que no confunde, que no menosprecia y que no descuida ya lo superfluo, lo fútil, lo inútil del hombre, de todo hombre. Y es un bien que ni realza ni redime ni exime a nadie entre los hombres sino que allí se iguala: para por fin hacer de ello no sólo una tarea, una carga y una mancha sino una posibilidad.

LO FEMENINO, LO QUE SUPLE

Lo femenino es lo que da y vuelve a dar a lo humano ese viso sin brillantez, esa oscuridad sin noche, ese silencio sin mutismo, ese secreto sin disimulo, ese enigma sin palabra, ese misterio sin máscara que se llama “gratuidad”: lo que nos invita, a cada cual con todos, a todos no sin cada cual, lo que nos nombra y nos denomina más allá de toda interpelación, renombre y reputación. ¡Cuando eso existe, por supuesto! Y además cuando es así, siempre se da en el malentendido: entre espera y suspenso, entre pendiente y prisa, sorpresa. Es el encuentro que os sorprende, que os engancha a la vida, lo que al mismo tiempo os mantiene con alientos y os ayuda a respirar, aun en y contra de lo que ahoga, lo opaco, lo que aúlla. Hice pues esta larga retahíla sobre lo femenino para oponerla a La Mujer, que no existe, o a lo “eterno femenino”, que justamente niega lo precario, lo provisorio, lo efímero, es decir, ni siquiera aquello de lo que está hecho lo femenino sino más bien lo que hace lo femenino (lo que “feminiza...”, como ya dije). Una mujer, que se encuentra y existe, que existe por encuentro, que es uno de los encuentros principales (¡accidentes mayores!) de la existencia, hasta la existencia misma como encuentro, una mujer, entonces, es lo que ofrece lo femenino como el secreto, pero el más claro posible, como el retorno y el socorro y el recurso de la palpitación misma de lo vivo, como la emergencia repercusiva y la resurgencia continuada del estremecimiento de la vida con, en y por lo humano mismo. De resultas, entonces, lo que pasa por la cama –ilo hueco, el corazón, la “cura”!–, es por medio y por entre, pero tanto más acá como más allá de lo que se cree y lo que se teme, y de lo que se espera y de lo que se repele: larga lista aunque no ilimitada de las delicias y suplicios machacados y remachados profusamente, reproducidos y reiterados hasta la saciedad... erotismo, pornografía, delicadeza, brutalidad, cortesía, violencia, vulgaridad, distinción, degradación, idealización, envilecimiento, sublimación... Con todo eso y mucho más que sólo eso. Se trata, tal como Lacan nos estimula a ello, de tomar lo femenino como conviene: lo que inventa, encuentra y busca suplencias y suplementos.



EL PODER, LO QUE SUPLANTA

La norma, el estándar, hasta la razón, de la normativación a la normalización, desde la racionalización hasta la estandarización, operan siempre entre lo normatizado y lo enorme, por ejemplo con el taylorismo común y clásico hacia la industria de la muerte del campo de concentración, o también por vía de la evaluación de la excelencia de los tiempos post o hipermodernos hacia las segregaciones mundialistas. Equivale a decir que todo eso, toda esa fábrica, se ajusta a considerar como pérdidas y ganancias todo lo que aventaja, a riesgo de hacer caso omiso continuamente de sus propias reglas, de romper unas tras otras sus autorregulaciones sucesivas. Pesquisa de una empresa de destrucción sin fin: sin fin, y con razón, pues algo es, con todo, más fuerte que esta máquina de muerte que se desloma y encarniza contra nuestra resistencia, que logra extenuarnos a falta de lograr acabarnos. *"¡No surrencher!"* Pues bien, en lugar de suprimir, para recuperarlos, exceso y desmesura, acceso y crisis, las suplencias y los suplementos, que son las residencias abiertas de lo femenino, los hacen pasar como pérdida consolidada, como ese generoso gasto, como ese don liberador, que hacen de la vida un retoño y de lo vivo un premio. Se comprende entonces que para captar, o más bien para soltar, para entregar esas suplencias y suplementos, biología y psicología no bastan, por lo menos cuando éstas se hacen sirvientes del formateo, del modelado, de la determinación: contra los juegos de azar, los traumatismos de la selección, las penurias de la elección, los caprichos del amor, los enredos de la cosa y de los asuntos humanos. ¡Hablemos de ese biologicismo triunfante! Ciertamente pretende ahorrarnos la castración, es decir, quitarnos los tormentos del alma y las inquietudes del cuerpo, pero es para prepararnos para vivir lo peor: obligarnos a "pormenorizar el cuerpo para el intercambio", persuadirnos de poner nuestros estados de ánimo en el tablado de la opinión pública, medirlos con el patrón de los prejuicios comunes y con el vocabulario de los lugares comunes (eso es de sangre, es neuronal, es genético, parasitario...). Les hablaré también de esa psicología científica que cree sustituir de una vez por todas la objetivación de lo cognitivo y la objetividad de lo comportamental por la libertad del sujeto y por la responsabilidad de su posición: ¿quién no se da cuenta que es para convencernos de saber vendernos al mejor postor, de enseñarnos entonces a entregarnos a las buenas intenciones y a prestarnos a la buena fe del experto y del especialista, y a someternos en consecuencia, hasta a integrarnos a la tropa ahora y en adelante interminable de los Big Brothers, asesinos filantrópicos y homicidas humanitarios? ¿Cómo puede ser que nos tardemos tanto en notar lo que son todos los agentes de esos bajos fondos del poder, y todos los paladines de su tan prestigioso entorno y susodichos sabios,



lo que son, es decir, para una amable banda de proxenetas, los operadores confesos de una prostitución generalizada?

ACCIDENTES Y PROGRESOS DE LO FEMENINO

Porque, en mi opinión, uno no se apresura suficientemente a abrir la vía de lo femenino. Y para eso, tal como lo reconoció y confesó el mismo Freud al final, dejándonos la “visión” del famoso “Continente negro”, no basta con la diferenciación, tan “freudiana” sin embargo, de la sexualidad femenina sobre la base de la discriminación del clítoris y de la vagina: uno sirviendo de astilla para el encendido, el otro capaz, aunque no necesariamente, de valer de leña de combustión²⁸, así como él los llama, con menos humor e ironía a mi entender, y claramente no por burla, que por su acostumbrado realismo, por su muy conocida seriedad, siempre acompañada de una pizca de humor retenido. En fin, lo que lo femenino arrebató hasta llevarse lo humano sin por ello extraviarlo, lo que lo femenino realza de manera que haga cesar los estragos de lo inhumano sin por ello renegararlo, no son esos extremos a los que son llevadas y repelidas las mujeres con el culto y los ritos del “todo fálico”, con la cultura y los mitos del narcisismo (cualidades técnicas, perfección, perversión), esos extremos, es decir, esos opuestos complementarios que son la frigidez y la ninfomanía. De esa manera lo femenino pasa entonces, es lo que pasa por la cama, o sea lo que lleva de la sexualidad femenina (supervivencia de las tendencias pasivas a la dominación catastrófica –al estrago– de las tendencias activas, gracias al uso de la mascarada) a la feminidad (preponderancia de una actividad con miras pasivas, predominio de un narcisismo desinteresado, sin exigencia de complementariedad, sin demanda de reciprocidad) y por fin a lo femenino (coincidencia de la falta y del hueco, ajuste de la asunción de la castración y del consentimiento en la pérdida, conjunción inédita del gesto discreto y del momento crucial: allí donde se trata de hacer silencio y aquí cuando es hora de suspenderse a la vida –igualarse al silencio que se hace, suspenderse a la vida que se da). Lo que pasa por la cama es justamente lo que no pasa por lo ya dicho, tampoco entonces por los lugares comunes, tampoco además por los lugares santos ni por los lugares de confort... u holgados.



LA CAMA A FAVOR

La cama, hay que dejar la burla con eso, ¿y quién la dice y la dirá sin molestia ni asco ni pudor ni vergüenza, y quién la canta y la cantará sin fatuidad ni codicia ni indecencia ni obscenidad? ¿Quién además del poeta, primero en haber olvidado dárseles de

²⁸ Cfr. S. Freud, *Tres ensayos para una teoría sexual*, en *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, vol. 2, Madrid 1981, p. 1224.

imbécil o astuto, y quién más además tal vez del psicoanalista, segundo en recordar el relámpago que lo hizo pasar de la somnolienta realidad del día a día al “despertar del sueño a la vida”²⁹ ¿Quién además del poeta y del psicoanalista, sin duda los únicos que recuerdan que vale mucho más no producir destellos? Acechar el relámpago pero evitar el destello: *para* contribuir a devolverle el suyo a cada humano, así como a cada ser y asimismo a cada cosa (captar la posibilidad de la “palabra”)³⁰, *para* dejar sus posibilidades a lo *Unheimlich* (obedecer a la necesidad del deseo), *para* buscar y hallar al otro allí donde nos pone en relación (creer en la contingencia del encuentro), *para* tender la cama de lo efímero (darle sus derechos a la imposibilidad de la pulsión), *para* las huellas borradas que sólo pueden volverse a hallar desandando sus pasos, astucia de un retorno para darle un giro al destino (apostarle a lo irresoluble del síntoma). La cama con lo efímero, la astucia de una vuelta, allí donde vuelven y pasan de nuevo la paciencia obstinada de Penélope y la azarosa inmovilidad de Ulises. Reléase la descripción de su cama en la *Odisea*. La cama: lecho bomba, boca de sombra, toque de oro, construida sobre escombros hundidos, enterrados en los cimientos, pero cubierta del hante hueco de las sábanas blancas; el cielo con la tierra amarrados y estibados, la tierra surgiendo del desastre y que crece por sobre las ruinas, el cielo que cesa de ser devastación de la tempestad o tabernáculo para las adoraciones; y luego, el adentro y el afuera casados (ino hay más!) en esta superficie cortada cual muesca de mira, a través de ese rectángulo como troquelado y amarado, vela de barco o ala de pájaro sobre la ola.

LO FEMENINO CONTRA

Esa cama jamás tendrá nada de altar o de trono: el altar está en otra parte, dispuesto al sacrificio que prepara, y el trono está en todas partes, es decir, con el poder y el crimen, amos ambos pero sometidos el uno al otro (como pasa siempre con los amos que sólo quieren preservarse de dejar de serlo...). La cama, si es lo que digo, sirve para destituirlos, lo cual la historia demuestra ¡afortunadamente! Esta cama es la de los amantes y los amados, la del deseo y del amor, la de la verdad y del goce, la del saber y del síntoma. Hazla y vuélvela a hacer, así sea para intentar alojar allí lo “inhabitado” que mora en ti, así sea para que te abra, un poco al menos, a lo inhabitable que, como a todos, ite es concedido! Hablé de la mujer y de lo femenino: como resistencia y como lo que constituye o hace la cama. Una mujer se evoca y se encuentra como la y lo que llama (a) la resistencia. Propuse decir la cama –más prototipo que metáfora– como espacio-tiempo, lugar y momento de esta resistencia que lleva por nombre mujer: acto y obra, lo que se consume sin consumirse (se da



²⁹ Pierre Bruno, *Aprender d'Artaud*, seminario inédito, Universidad Toulouse du Mirail.

³⁰ *mot* [N. del T.].

sin sacrificarse). Anticapitalismo, femenino³¹. Acto de romper el encanto de las filas y el encantamiento de las cadenas, obra de transmisión, es decir, no de reproducción, de imitación, de determinación, pero sí de repetición de lo nuevo, de retoma con nuevos gastos, de perpetuo recomenzar. ¿Pero por qué es a ella a quien se le manda, no sin mala fe, y por qué es a ella a quien se le exige, y a menudo no sin violencia, honestidad, apego, sinceridad, devoción? Porque somos (y también a veces ella misma, de hecho) totalmente desiguales y casi siempre infieles a la constancia con que ella, y en cuanto a ella, ha de dar pruebas para mantener y re-suscitar la resistencia que es de ella y a la vez la nombra y la llama. Resistencia poco natural, que por lo común adormecemos, y que por lo tanto solemos eludir. Pues es la constancia de una contradicción que sólo se resuelve reforzándose: paso del clivaje a la división y de ahí a la “hendidura”. Concomitancia sin coincidencia del significante y del goce, de la castración y de la pulsión.

DE NUEVO, NUEVAMENTE

Lo femenino es tener en cuenta como constante el límite, salvo que es como frontera y umbral, obstáculo y puerta entre todo y no-todo. Lo femenino es contar con la constancia de los principios tanto como con aquello que escapa de estos, o también es apoyarse en la permanencia de los semblantes y del en-más de la diferencia, absoluta, así como de lo que estos le restan al final a todo cálculo y a toda contabilidad (cifrado de lo inconmensurable, medición de lo irregular). Lo femenino es hacer entrar en la cuenta la constancia de la castración, pero como tratamiento restringido, y la constante (la invariante) de los destinos de la pulsión, o sea, como tantos otros aparatajes inestables y movedizos del goce («montaje surrealista»). ¿Sabe una mujer todo eso... con la cabeza o con el corazón? Ya sea de una u otra manera o de ambas, no deja de saberlo. Por supuesto, lo femenino propiamente dicho es, sin lugar a dudas, reconocerlo, aunque también a veces conocer algo más al respecto, para mejor o para peor, es cierto, saber que lo humano, una y otra vez, relación con la sustancia de lo incorpóreo, es lo que sólo se toma, es lo que sólo se hace, es lo que sólo podría ni decirse y callarse... “de nuevo y nuevamente, nuevamente y como nuevo”³². anunciándose y con cita, de sorpresa y como encuentro, *once upon a time*, y *only one*. Ella va a contracorriente (como ya lo decía Montaigne, relacionándolo con los Antiguos, con su humor negro: si ven un cadáver en las aguas del río, remontar hacia la fuente...), pero ella rema menos que los conformistas, esos (iy esas!) a quienes sólo se les ocurre y sólo se preocupan por ponerse en conformidad con “la norma macho”³³.

³¹ Pierre Bruno, *La passe*, Presses universitaires du Mirail, Collection Psychanalyse &, Toulouse 2003, cfr. «L’anticapitalisme féminin», ps. 225 a 235.

³² Duhamel.

³³ *la norme mâle*, homofónico con *la normale*, la normal. Cfr. las charlas de Jacques Lacan en Saint-Anne, *El saber del psicoanalista*, particularmente la intervención del 3 de marzo de 1972 [N. del T.].

LO QUE SALVA LO QUE QUEDA

Ella lleva la ventaja por sobre las costumbres del tiempo aún más lejos. Más que nunca, el mundo, el nuestro, es decir, el capitalismo, es todo un mundo, el colmo del mundo, en otras palabras, encubrimiento y sostén de lo inmundo: porque tiende y hasta consiste enteramente en virtualizarlo todo sin resto (con las finanzas y lo «mediático»), contribuyendo a despersonalizar cada vez más a todo hombre sin excepción (desde la «V.I.P.» hasta el «desechable»³⁴), empeñándose en des-realizar toda cosa a todo dar (desde la mercancía hasta la *letosa*). Obra felizmente abortada sin cesar, obra de muerte y de asesinato, empresa, que va de fracaso en fracaso, de destrucción y de nada, fábrica que funciona a pérdida pero que tiene logros cada vez mejores, que llevan invariablemente a lo peor, a desvitalizar el todo y la nada. Lo femenino, poca cosa contra todo eso, y probablemente prácticamente casi solo. Y sin embargo está con nosotros aun cuando lo ignoremos, y nosotros estamos con él aun cuando no podamos, pero incluso si nada podemos, si poca cosa sabemos de eso, y tal vez incluso cuando no lo queramos para nada. Con todo, no es Dios quien nos salva y tampoco es cierto que sólo un Dios puede salvarnos. Por eso digo que uno sólo se salva con lo femenino, sólo estamos salvos en femenino. Lo femenino lo hace sin bulla (así como el santo lo hace sin escándalos). Dije que “feminimiza”... porque hace la cama, aun cuando estrecha, aun cuando restringida, aun cuando apretada, de la vida, magro hilo de agua si no puede más, y gota a gota si se requiere. Obstinado y tenaz, constante y encarnizado. Constancia de la resistencia que los imbéciles y los mentecatos, los criminales y los poderes (y eso es un mundo, de los de todas partes y hasta de otras partes) no han parado de denigrar. ¿Se puede acabar con todos los “yesoparaqueistas”? Pero lo femenino es desentenderse de eso y tener algo mejor que hacer. Lo femenino, inteligencia y sensibilidad, respeto y compromiso, deseo y goce, inconsciente y síntoma, es la voz de la razón, cuando está en las mejores condiciones: y como lo dice Freud, es baja pero no se detiene hasta que no se la haya escuchado. Pero lo femenino, nudo y lazo, es también y sobre todo el corazón de la razón en el punto mismo en que conmueve las razones del corazón, discurso silencioso que se escucha y que se sigue, sin embargo, sin obediencia ni sumisión... porque es lo que hace que por fin se ame, puesto que es, lo femenino, lo que revitaliza las cosas, lo que reanima al viviente, lo que resubjetiva al ser-hablante, lo que impide que se crucifique y se sacrifique, lo que hace preferir lo humano y que se lo ponga en acto.



³⁴ En español en el original [N. del T.].